

A modo de prólogo

El Centro de Promoción de la Lectura y de la Información de Mendoza - CEPLIM- a través de su proyecto "Estaciones de Lectura", quiere acercarles cuentos y poesías para disfrutar en el verano.

Léanlos según sus intereses, sus edades, sus ganas de volar, sus necesidades de vivir en "otros mundos".

Compártanlos con quienes aman, con quienes se divierten, con quienes les dan trabajo (¿por qué no?)

Índice

<i>Cuentejo.</i> Oscar Salas	3
<i>La lagartija sin cola.</i> Graciela Bialek	5
<i>La apuesta.</i> Edgardo Oliveira	7
<i>La Niña de Cacheuta- La otra historia.</i> Eliana Abdala	9
<i>La noche del muerto.</i> José Manuel López	12
<i>Casa de contratista.</i> Mercedes Pérez de Carrasco	14
<i>Memorias de un ángel.</i> Mauro Ramón	15
<i>El panzón.</i> Oscar Zabala	18

Cuentejo (o historia de un conejo)

Dos cazadores malvados,
fabricantes de tapados,
perseguían por el prado
al conejo Maldonado.

-¡Qué vida tan agitada!-
pensaba el pobre conejo,
que escapaba a las zancadas
para salvar el pellejo.

-¡Estos hombres desalmados

nos cazan con escopetas
para venderles tapados
a las señoras coquetas!

-¡Con esta gente dañina,
ambiciosa y altanera,
todo bicho que camina
va a parar a una vidriera!

Y escaló un cerro muy alto
y cruzó después un lago

para esconderse de un salto
en la galera de un mago.

Y ahí vive desde entonces,
con un globo, dos palomas,
un viejo reloj de bronce

y una pelota de goma.

¡Abracadabrarascabra!
¡Cuatromasdiezmenosunostrece!
Con estas locas palabras
el cuento desaparece.

Oscar Salas



Oscar
Salas:
nació en
Alta

Gracia, provincia de Córdoba, en 1957.

Como dibujante humorístico publicó trabajos en revistas como *Rico Tipo*, *Caras y Caretas*, *Humor*, *Gente*, *Hortensia*, *Sexomente* y *Guambia* (Uruguay).

Fue productor y libretista del programa infantil cordobés *Marina y los Chipicopos*.

Publicó los libros para niños "El cuco ya fue", "Pueblo Barrilete", "El Desenredador de Estrellas y otras historias", "El día en que las abuelas perdieron la memoria", "Cuatro brujas y un garbanzo" y " El increíble barco del capitán Cuerdafloja".

Actualmente realiza los libretos de "Doña Jovita" y es autor de la tira "Jerónimo" que publica en el diario *La Voz del Interior*.

La lagartija sin cola

En un viejo zapato vivía una lagartija. No era una lagartija cualquiera. Era ni más ni menos que Azucena, la lagartija sin cola.

Hace
mucho, una
señora
asustada,

de un escobazo le arrancó la cola. Al comienzo le dolió pero después se curó. Eso sí, no le nació más una linda cola como la suya. Y eso la apenaba mucho.

Un día, su amigo el zorzal, le dio una buena idea:

"¿Y si te ponés una ramita de cola?"

A Azucena le chispearon los ojitos con la nueva esperanza. Y salieron juntos a elegir la mejor rama.

El zorzal le cortó un gajito de algarrobo, pero era tan duro que parecía una lagartija estatua. Le cortó más tarde una ramita de chañar, pero era tan dulce que la seguían por todos lados las moscas y eso no le gustaba.

Su amigo le consiguió luego una ramita de espinillo, pero Azucena no se la pudo ni poner, porque se pinchó con las espinas apenas la tocó.

Por fin, casi llegando al arroyo, el zorzal vio lo que necesitaba: un sauce. Cortó la ramita más tierna y se la puso de cola a su amiga.

¡Qué contenta estaba! Tenía de nuevo colita y se movía como si fuera de verdad. Todos los animalitos vecinos a su zapato le decían piropos cuando movía su colita, para que ella se sintiera feliz.

A la semana, la ramita de sauce como todas las ramitas cortadas se secó, y como todas las ramas secas se endureció. La colita ya no se movía al compás de sus pasos. Azucena se enojó mucho, pero después de

un rato se dio cuenta de que romper las ramas de los árboles es poco saludable para las plantas. Y además, entendió por fin, que sus amigos no la querían por lo que se pusiera sino porque ella era una lagartija sin cola... ¡Así nomás

!

En: Biale, Graciela. (2000) *San Farrancho y otros cuentos*. Córdoba, CB Ediciones.



Graciela Biale:
Escritora y
educadora
cordobesa. Es
Licenciada en

Educación (UNQ), Comunicación Social (UNC) y Master en Promoción de la Lectura y la literatura infantil (CEPLI, Universidad de Castilla La Mancha, España).

Se desempeña laboralmente como Directora de la Biblioteca Provincial de Maestros y como Coordinadora del programa de promoción de la lectura: VOLVER A LEER del Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba. Desde hace 16 años, la Feria del Libro de Córdoba la cuenta sistemáticamente entre sus programadores del área para niños y de las Jornadas de Educación.

Como escritora ha abordado géneros de la Literatura Infantil: la novela, el ensayo y textos pedagógicos para niños y docentes. Posee 25 obras publicadas. Ha recibido varias distinciones, entre ellas una por "No hay tumbas para la memoria" otorgada por la Subsecretaría de Córdoba en el Concurso "Premio Nacional de narrativa infanto-juvenil" (1997). Sus libros más difundidos son: "De boca en boca", la novela "Los sapos de memoria", "San Farrancho y otros cuentos", "Medio blanco, medio negro", "Nunca es tarde" y "Si tu signo no es de cáncer"

La apuesta

El grupito de chicos estaba descansando a un costado de la cancha. Recién habían terminado de jugar un partido extenuante.

Caminando con cansancio, un hombre de setenta y pico de años se acercó a ellos:

-Hola, chicos, ¿puedo sentarme con ustedes? Me gustaría contarles algo que le sucedió a un chico llamado Sergio. Él tenía la edad de ustedes.

Los chicos, que tenían entre trece y quince años, le dijeron que sí. El anciano empezó a contar:

"Sergio solía jugar en esta cancha hasta muy tarde. Él amaba el fútbol y, a veces, hasta jugaba solo. Una vez, se quedó jugando un partido "a penales" con su amigo Juan. No había nadie cerca; solo estaban ellos y empezaba a oscurecer. Entonces, un hombre que tenía la misma edad que tengo yo, se acercó a ellos y les propuso, a cualquiera de los dos, jugar una competencia a cinco penales. Si él perdía pagaría cien pesos al ganador. Ninguno de los chicos quiso aceptar. Era un viejito que ni podía patear una pelota. Pensaron que estaba loco. Pero el anciano insistió mostrándoles el billete. Sergio se tentó y dijo que sí.

-¿Vos tenés plata?-Le preguntó el viejo

Sergio dijo que no.

- Está bien. Si vos perdés, me vas a regalar años de juventud por cada gol que te haga.

Sergio sólo pensaba en los 100 pesos. Estaba ansioso. Por eso aceptó sin pensarlo"

-¿Y qué pasó? -preguntó uno de los chicos.

"El anciano pateaba mucho mejor de lo que se habían imaginado. Y atajaba. Sergio erró varios penales. Antes de patear sentía que se le nublabla la vista. Finalmente, el anciano ganó y se llevó los años de juventud."

-¿Cuándo ocurrió eso? -Quiso saber otro de los chicos.

-Hace una semana -contestó el anciano.

-Así que usted es el anciano que le ganó cincuenta años a Sergio -dijo el chico, con tono burlón.

Los ojos se les llenaron de lágrimas. Llorando, respondió:

-No, yo soy Sergio. ¿Alguno quiere jugar?

En: Ed. Estrada.(2002) *Cuentos de fútbol*. Buenos Aires, Col. Azulejos. Págs. 35-37

Edgardo Oliveira: Nació en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en 1975. Es historiador y buscador de cuentos tradicionales. Es autodidacta y escribe cuentos desde que era muy chico. Tiene en preparación un trabajo sobre algunos próceres argentinos.

La niña de Cacheuta

-La otra historia-

Entonces yo recorría feliz las sendas que ascendían sinuosamente entre los cerros dorados y rojizos para buscar romero, para buscar el sol y para ver el río desde lo alto, verlo cambiar sus tonos, angostarse y ensancharse, escucharlo precipitarse furioso y luego de una curva arremangarse suave como un animal feroz y manso al mismo tiempo. Mis coplas eran mías y yo podía largarlas al viento porque desde su lejanía, El Plata, señor del cordón, silenciaba las voces del viento para escucharme. Y yo le rendía tributo al Señor de la Montaña con coplas nuevas, con coronas de flores amarillas que crecen en las abras donde ralean las piedras grises. Y la montaña era mía, y yo de la montaña, y los picos me entendían, y la nieve era un manto blanco de novia porque el cielo tiende su velo sobre la tierra para amarla, cuando en la primavera lo descorre como a la amada en el lecho de bodas.

Y yo creía que era feliz.

Hasta que conocí otra clase de felicidad. Más intensa, más conmovedora. Una felicidad irresistible que causa profundas emociones de dicha y dolor. Porque esa felicidad trae también un miedo acallado, negado, pero persistente. El miedo de perderla, porque uno intuye que si se pierde no se va a poder seguir viviendo.

Fue cuando irrumpieron en la rutina de la villa trayendo estrépito de máquinas. Y yo miraba azorada cómo el monstruo iba tomando forma y no comprendía. Era imposible que comprendiera porque no tenía ninguna clase de armonía con la paz del valle, con el silencio de las piedras, con el dorado de las laderas. Este monstruo tomaba la vida en vez de darla, era tosco, feo, inmenso, y asustaba con ensordecedores ruidos. Pero las personas le rendían tributo. Todavía no me daba cuenta que sí armonizaba. Armonizaba con el alma de los hombres que son a veces poderosos y a veces miserables, pero indetenibles.

Él me enseñó a no temerle.

Él, tan apuesto, con su rostro blanco curtido, con sus manos suaves para el lápiz y fuertes para los hierros, que entendían el misterio de los caminos trazados en líneas sobre papeles enormes que desplegaba sobre talones, llenos de siluetas y figuras que yo miraba asombrada y que él intentaba explicarme. Entonces yo lo tomé de su mano cálida y lo llevé por las sendas de los cerros y le enseñé los significados de todas las cosas que vimos, porque la montaña siempre dice cosas pero, al igual que yo frente a sus papeles tan anchos, él nos las sabía leer. Y yo le enseñé: qué quiere decir esa piedra

detenida casi al borde de la ladera, por qué el río se suaviza después de haber bramado tanto, para qué está aquel espino retorcido justo cuando la senda se bifurca, cuál es el portezuelo que lleva hacia las piedras desnudas donde se puede conversar con Dios...

Y él me siguió atento y asombrado, tanto como yo seguía su dedo sobre esos papeles cuando me mostraba el camino. Casi no hablábamos, porque él no sabía bien el idioma de los nuestros, pero a mí no me hacía falta más que su mirada para entenderlo. Lo iba a buscar a su barraca y juntos salíamos a conocer las sendas reales. Luego él me mostraba las imaginarias en sus papeles, y el monstruo iba tomando forma.

Aunque él se desvivía por explicarme, yo no le creía. No me gustaba la mirada de ese monstruo, no era buena. Era como la mirada de los asesinos antes de tomar a su víctima, engañosa, opaca. Él rió cuando se lo dije mostrándole ese ojo grande que lleva adelante. No me gustaba. Y cuando miré al Padre de la Montaña, éste asintió. Me entendió bien y yo suspiré hondo otra vez con ese miedo de perder algo porque después no iba a poder seguir viviendo.

Todo el pueblo estaba invitado. Todo Cacheuta ese día viviría el regocijo más grande de su historia porque ese puente gigantesco cantaba melodías a los hombres invencibles. Estaba listo con sus hierros, sus cables, sus crujientes vigas, sus sonoras columnas y en su elevación mineral se burló del río. Entonces fue cuando sentí temor, sin saber por qué yo tendría que estar involucrada en ese desafío entre el río y el puente que la montaña observaba preocupada. No quise pensar más y seguí vistiéndome de novia, asistida por todas las muchachas de Cacheuta que envidiaban mi felicidad de convertirme en esposa de un hombre que sabía trazar caminos de hierros sobre un papel enorme. Ese día se confundirían el éxito de todos los ingenios con la felicidad de todos los corazones. Día inaugural del tren, día en que yo me convertiría en esposa, esposa enamorada, cuyo corazón descubría la única felicidad persistente que se les concede a los hombres: el amor.

Y todo el pueblo festejaba participando porque construir cada vía o cada corazón era obra de todos. Y los hombres necesitan festejar para que la vida merezca ser vivida hasta el final. Y yo miraba la montaña mientras me ponían mi corona de azahares con un tul hasta el piso, y las nubes negras tapaban el pico, al tiempo que un grito desgarrador y poderoso, un grito largo... largo... eterno... infinito... contundente, llegó a mis oídos. Llegó a los oídos de todos paralizando por completo un pueblo entero. No hubo un movimiento, una palabra, un sonido por unos instantes de siglo y yo supe. El puente lo traicionó, el río me lo disputó porque se sintió ofendido con el puente y quiso que todos supieran que él, el río, era más importante que el

pueblo. Y en su ataque de celos se llevó a su víctima, para que los hombres supieran el mensaje eterno y volvieran a su medida.

Todos me miraron con lástima, con dolor. Miradas que me acompañaban y me compadecían, hasta se regocijaban en la tragedia. Yo, con mi traje de novia completo, me acerqué al pueblo pero no quise ver... huí a la montaña y me transformé en algo pétreo, impenetrable, eterno que se confunde con los cerros, con las sendas y con el río.

Y cuando llega la noche, la luna vuelve a vestirme de novia con su plateado espectacular y yo bajo a su tumba a llorarlo. Siempre bajo la noche y lloro sobre su tumba, siempre lo haré, vestida de novia hasta que los tiempos se consuman y mientras la eterna cordillera me proteja, siempre vuelvo vestida de luna con voz de viento a llorar la desdicha de mi amor... así me han visto algunos de los habitantes de Cacheuta y lo comentan. Pero nadie les cree.

Eliana Edith Abdala.

En: Abdala, Eliana. (2002) *CLAMOR*. Mendoza, ZETA Editores, Págs. 51-64.

Eliana Abdala: Nació en Rivadavia, Mendoza. Estudió primaria y secundaria en su departamento de origen, egresando como maestra rural.

Su inclinación a las letras la llevó a estudiar literatura en Estados Unidos. Se recibió de Profesora en Letras en la UNC. Años más tarde se graduó como Magister en Literatura Hispanoamericana.

De sus obras publicadas figuran: "*La fuerza de los Monterrey*" y "*Alumbramiento*" (exitosas novelas) y la colección de cuentos "*Clamor*", obra a la que pertenece "*La otra historia*"

La Noche del Muerto

Lucas estaba verdaderamente feliz. Había conseguido un trabajo nocturno y aunque el sueldo era apenas el básico, le permitía seguir estudiando en la universidad. Estaba bien para un joven de clase media. Cuando lo comentó con sus amigos ellos se rieron.

—Así que vas a atender la cafetería de una sala de velatorios... Bueno, lo importante es que no dejes la vida en el trabajo— bromearon los muchachos.

La sala de velatorios era una casa vieja reciclada. La puerta de entrada, dividida en dos anchas hojas, llegaba hasta los tres metros de altura y daba paso a un largo pasillo flanqueado por cuatro puertas y cuatro ventanales que daban acceso a los diferentes salones, todos bellamente decorados, donde se colocaban los ataúdes. Al final de dicho pasillo y doblando a la derecha, una antigua habitación de la casa había sido reformada para colocar un pequeño bar, apenas cuatro mesitas, un mostrador, dos botellas de whisky y una cafetera eléctrica. Por ser novato, a Lucas le dieron el turno de la noche que por alguna razón ninguno de los empleados quería tomar.

La primera jornada de trabajo sirvió unos veinte cafés a las personas que entraban y salían constantemente del recinto hasta cerca de las doce y media de la noche. Después, la gente comenzó a marcharse para descansar un poco antes de volver por la mañana para acompañar a sus muertos al cementerio. Sólo quedaron unos pocos clientes esperando que alguien los viniera a buscar. Dos ancianas sentadas en las sillas de uno de los salones, tomadas de las manos frente a un féretro; un grupo de jóvenes que discutían en voz demasiado alta acerca de una posible herencia y un hombre delgado, alto, de nariz aguileña que recorría lentamente el pasillo con un cigarro en la mano, sumido en vaya a saber qué clase de pensamientos.

Cerca de las dos de la mañana y como la cafetería llevaba varias horas sin clientes, Lucas salió a estirar las piernas. Esa noche estaba ocupado sólo uno de los salones velatorios, pero al mirar por los ventanales que daban al pasillo comprobó que extrañamente no había personas. Los cuatro jóvenes y las ancianas habían desaparecido. Miró hacia el final del pasillo pero el hombre alto del cigarro tampoco estaba.

Permaneció allí por unos minutos leyendo las inscripciones de las dos enormes coronas de flores que escoltaban la puerta. En letras negras y doradas podía leerse: Amaro González Q.E.P.D.

De pronto el aire se puso tan frío que su aliento adquirió un color blanquecino. Un extraño impulso lo hizo abrir la puerta del salón y acercarse al ataúd que se encontraba rodeado de sillas vacías. Se aproximó lentamente y se inclinó sobre la caja negra de madera

lustrada. Lo que vio dentro le erizó los pelos de la nuca como si fuese un gato a punto de ser devorado por un perro. Allí descansaba, con las manos recogidas contra el pecho, el mismo hombre alto, de nariz aguileña que había visto recorrer el pasillo con el cigarro en la boca. Estuvo muy cerca de lanzar un grito pero algo lo hizo detenerse. Eran pasos. ¿O le había parecido?... Entonces los oyó nuevamente. Si eran pasos... en el pasillo.

-Dios mío, No... que no sea... No... Dios mío- pensó mientras se volvía lenta e inevitablemente.

El muerto estaba parado del otro lado del ventanal y lo miraba fijamente con el cigarro en la boca. Sus ojos estaban cadáveres. Eran rojos, como si miraran desde el infierno.

Sintió las piernas flojas y un líquido caliente le recorrió los muslos antes de caer al piso inconsciente.

Despertó en el pequeño bar de la funeraria, de pronto se encontró sentado en una silla. La cabeza le daba vueltas como si saliera de una borrachera. Alguien le había servido una taza grande de café que todavía no había probado. Frente a él estaba sentado el dueño de la funeraria con una comprensiva sonrisa en el rostro.

-Vi el fantasma del tipo ese... el del ataúd-dijo Lucas mientras levantaba la taza de café con las manos temblorosas.

-¿Quién? ¿El señor González? - preguntó el dueño.

-Sí, ése... Amaro González. Estaba parado en el pasillo mirándome... y sus ojos... eran... eran rojos-

-Sí, bueno...- dijo el dueño de la funeraria tratando de disimular una sonrisa- El que estaba en el ataúd era Amaro González, pero el que te estaba mirando era el señor Eusebio González, el hermano gemelo de Amaro. El hombre condujo en auto seiscientos kilómetros desde Córdoba para estar esta noche en el funeral de su hermano y no ha dormido en dos días. El pobre tipo parece un zombi-

José Manuel López

José Manuel López (37) : Nació en Mendoza en 1967. Primer hijo de una familia de cuatro hermanos. A los cuatro años contrae hepatitis, esto lo obliga a permanecer en cama durante tres largos meses. Durante ese tiempo su abuela lo entretiene contándole extrañas historias y fábulas fruto de su desbordante imaginación. Este hecho marca sin duda, a temprana edad, su amor por las historias bien contadas.

A los veinticinco años abandona la carrera de Psicología e ingresa en el mundo del teatro como actor y dramaturgo. Escribe "La llamita de Raquel", "Drácula sin colmillos" y varios espectáculos de humor para

Café Concert. Actualmente está dedicado a la literatura juvenil y al teatro. Escribe, narra y a veces, con suerte, publica sus historias.

Casa de contratista

La polvorienta calle rural, flanqueada por dos angostas acequias estaba allí; era plena siesta y sólo el ruido del motor de su camioneta rompía el denso silencio; ni siquiera los gorriones aventuraban un vuelo.

Alfredo avanzaba despacio, la emoción acumulada durante siete años le arremolinaba las sensaciones.

El momento culminante fue divisar la pequeña casa de sus padres...

Estaba igual, simple, sencilla, casi cúbica; techo a dos aguas, madera, chapa y cemento. Grisácea aparición recortándose sobre una hilera de verdes guardianes a su espalda...

Han crecido los álamos que fueron planteados por su padre, al que él muy pequeño aún, había hecho como que lo ayudaba.

Los recuerdos agolpados no le permitieron percatarse de que estaba ya frente a la verja.

Al bajar del vehículo, recién tomó conciencia del abandono de la casita. El jardín era sólo un yuyal. Un frío intenso le recorrió las venas.

Mientras cavilaba acertó a pasar por allí un muchacho a caballo, que lo miró con curiosidad. Alfredo, turbado y ansioso, le preguntó por los habitantes de la vivienda.

-¡Ah! ¿Don Francisco? Falleció hace varios años. Y a la señora Doña Modesta, se la llevó un pariente a Córdoba. Creo que viven en La Calera, por allí.

El muchacho intrigado le preguntó a boca de jarro.

- Diga, Don, y Usted, ¿quién es?

- ¿Yo?... El hijo pródigo...

Mercedes de Carrasco

En: *Gente con palabra*. Mendoza, Págs. 31-34.

María Mercedes Carrasco: Nació en Bagual, San Luis. Escribe cuentos y poesía. Obtuvo el 3^a premio del Concurso Vidas que hacen historias organizado por la Dirección de Cultura con la Dirección de Ancianidad en 1994.

Ese mismo año recibió el 3^a Premio de OMEP (Organización Mundial de Educación Pre escolar) por su cuento.

Memorias de un ángel

Cuando me di cuenta de que me estaba volviendo ángel comencé a arreglar mis cosas en las tierra, para irme sin ningún peso y sin estar atado a nada. Cada día que me veía en el espejo, las cejas y pestañas iban desapareciendo y el pelo se me ponía cada vez más rubio y ensortijado. Las puntas de las alas ya sobresalían en mi espalda; las tenía un poco moteadas, supongo que aquello estaba planeado así para hacer más interesante la metamorfosis.

Lo fui regalando todo, doné y tiré mis cosas con total desapego. Mandé cartas a los cuatro puntos cardinales, me despedí de mis palomas y las solté en el parque: ya las seguiría en su momento. Llevé ropa para orfanatos y le encargué las macetas a una vecina; firmé un testamento donde le daba la casa y los muebles a mi hermano con la

condición de que llevara flores a papá cada domingo y se encargase de limpiar de vez en cuando la vieja cruz de bronce. Me acerqué por el barrio donde vivía mi amor imposible y me pasé una tarde espiándola mientras caminaba por las callecitas soleadas, hermosa, única, inalcanzable. Me despedí con un beso que se fue por el aire a buscarla, en silencio.

Fue de noche que finalmente, salí por la ventana agitando las alas, liviano como nunca a buscar el cielo. Volaba y volaba tanto, que no me di cuenta de que el resplandor del Este era un nuevo amanecer. El cielo se inundó de luz - y yo era un ángel- , las nubes formaban una pradera naranja a mis pies, y yo la recorría deslizándome entre ellas, arrancándoles jirones con el batir de las alas.

Así pasé un largo tiempo, sólo volaba entre noches y días, cada vez más aburrido de encontrar siempre las mismas caras y los mismos paisajes en mi camino. El cielo estaba demasiado lleno de ángeles aburridos y alados como yo. Pero un día conocí a uno que había logrado bajar a la tierra y entrar a los sueños de los hombres.

- Es arriesgado-, me dijo- Pero no hay nada como cabalgar en un sueño y escapar a tiempo; justo antes de que despierten.

Lo pensé mucho antes de animarme, pero bajé a buscar un sueño que visitar. Busqué entre sueños y duermevelas, hasta que encontré el que quería y me encontré embarcado en la pesadilla barroca de un escritor. Disfrutaba el peligro, pero perdí el control y desperté, sudando los sábanas, agitado.

(Desde entonces vivo para soñar, esperando el momento de despertar y salir volando por la ventana, libre, libre, libre.)

En el cielo, me comisionaron para encontrar al Ángel Caído. La misión era muy importante, y como medida de protección ensancharon mi halo y fortalecieron mis alas; con el mal nunca hay precauciones suficientes.

Hacía mucho tiempo que no se escuchaba de él en el Cielo, y los informes que daban los Ángeles de la Guarda no lo nombraban en ninguno de ellos. Cuando comenzaron a preocuparse y rumorear sobre el paradero del caído, me encomendaron su búsqueda.

Descendí al Mundo y comencé mi cacería. Por días y días sobrevolé ríos, montañas y valles. Al acecho de esas alas negras como la noche caminé en ciudades atiborradas de almas, pero ninguna ardía furiosa con la del que buscaba. A casi cuatro meses del periplo, un cupido reemplazante que trabajaba en un pueblo me indicó donde podía encontrarlo. Me armé con el Santo Valor, y empuñado la Verdad en la diestra, salí a su encuentro.

Lo hallé tirado en el borde de una calle abandonada, solo y harapiento, con una botella de vino entre los brazos. Sus ojos me

vieron enrojecidos por entre abultadas ojeras negras; de sus alas sólo quedaban jirones desplumados, quebrados en una posición lastimosa. Me senté a su lado y escuché sus palabras entre el alcohol y las lágrimas, que nombraban a hombres capaces de eclipsar su maldad; palabras que hablaban de la verdadera Caída, aquella de la que no podría escapar jamás.

Hoy sigue pagando sus culpas, allí abajo, en algún lugar. Recuerdo que cuando me despedí de él no le dije nada de mi misión o de mi naturaleza; para qué apenarlo más.

Aquel no era mi estilo, y soportaría cualquier reclamo de Arriba. Pero debía actuar así; nunca me ha gustado ensañarme con un pobre diablo.

Mauro Ramón

Mauro Ramón: Nació en 1968 en Puerto Belgrano, Provincia de Buenos Aires. A la edad de cuatro años comienza a vivir definitivamente en Mendoza, en donde cursó estudios secundarios en un escuela técnica y luego se graduó de Diseñador Gráfico en la Universidad Nacional de Cuyo.

Comenzó a escribir como consecuencia natural de una serie de hechos de difícil clasificación, entre los que se pueden citar sus padres, el cine de culto, la ciencia ficción, mujeres, el cómic, y principalmente las propias historias que lo volvieron loco hasta que pudo volcarlas al papel y posteriormente hacerlas públicas.

Obtuvo el premio -y publicación- de su cuento "Zona de Impacto" en el marco de la decimoséptima feria del libro de Buenos Aires, en el concurso realizado por la Fundación del Libro y la Faiga.

El panzón

Gatti, Amadeo, Fillol Hummm ... no.

Reggi, Iaconetti, Filizzola ... tampoco.

Para mí el más grande de todos fue el Panzón ¡qué arquero!

Lo conocí en un bar de la calle San Luis (de Las Heras, claro) allá por el '57. Camiseta amarilla brillante (sin sponsor, obvio) y pantalón azul. ¡Qué estampa! ¡Cómo atajaba el Panzón!

Los delanteros le pateaban a quemarropa, se arrojaban a sus pies hacia adelante y la sacaba. De media distancia lo querían sorprender y esos tiros, con el pecho los paraba.

Los remates de los defensores que pateaban de arco a arco, de cabeza rechazaba.

El Panzón atajaba todo con el pecho, los pies y la cabeza, porque el Panzón no tenía brazos. ¡Era un arquero sin brazos!

El Panzón decía, a quien quisiera escucharlo, que la naturaleza es sabia. Porque así como nosotros no necesitamos tener cola como los animales, él no precisaba los brazos para ser arquero.

Porque no se tiraban corners y no tenía que despejar centros.

La polémica por los técnicos siempre existió y el Panzón no estaba ajeno a ella. Como siempre hubo distintas escuelas, él estaba identificado con una raza a la que llamaban "firmes" que tantas satisfacciones le dio y mucha bronca con los que no lo supieron manejar y tuvo que comerse docenas de goles en un día.

El público iba alejándose, en el último tiempo sólo lo seguían un puñado de iniciados. Un día al equipo rival se le lesionó el centrodelantero y como "las arcas no daban" no le buscaron reemplazante. Claro, con uno menos enfrente la cosa era más fácil, y más aún cuando se fue otro delantero y tampoco hubo cambio. Se despoblaba la cancha en proporción geométrica con los hinchas.

Un día fui a verlo y no lo encontré. Ni a él ni a sus compañeros. No quedaba nada de nada. Las versiones no eran coincidentes, algunos hablaban de la irresponsabilidad de un adolescente que "quebró" al arquero y con el tiempo se hizo leyenda que el Panzón vivió toda su vida crucificado, que tuvieron que sacarle un madero que le atravesaba a la altura de los hombros y no lo vi más, porque aquel viejo bar también desapareció. Hoy, en ese lugar funciona un videojuego.

¡Qué arquero fue el Panzón! Por eso me lo nombran a Roma, a Cejas, a Santoro... Cabaleiro, Pedone o Tamagnone, los de ahora, los de antes, o cualquiera de los tantos arqueros que vi, y puedo asegurar que el más grande de todos fue el Panzón, el arquero sin brazos, que allá en el '57 descubrí en un bar de la calle San Luis de Las Heras, cuando conocí el primer metegol.

Oscar Zabala

Oscar Arnoldo Zabala: Nació en Las Heras, Mendoza en 1.951. Periodista deportivo desde 1983 y corresponsal de DYN y de Radio Rivadavia, ha trabajado en diversos medios de Mendoza. Este relato se enmarca en el suceso de la llegada de los metegoles a nuestra provincia en 1957. Y uno de los primeros... estaba ubicado en la esquina de este cuento.

